

Cultura a la contra

## La caja mentirosa

*Cada día, y durante largas horas, millones de personas tenidas por sensatas se someten a una suerte de lobotomía temporal; conectan sus mentes a un aparato de hipnotizador, una caja brillante y fea que tiene por objeto el contar cantidades ingentes de mentiras y anonadar cualquier actividad mental o social posible. Este aparato, que aquí llamamos "tele", fue denominado por Rius, un creador de "comics" mexicano, "la caja mentirosa". Entre nosotros ha sido considerada como el sustituto perfecto del rezo del Rosario vespertino y de la adoración nocturna de las santas reliquias. La caja mentirosa ejerce con brillantez y eficacia sus funciones de ritualización y sacralización de la vida cotidiana: al conectarnos a ella abolimos el tiempo normal y penetramos en un tiempo sacro, en una realidad otra. Sustituimos nuestros gestos y movimientos corrientes por una serie siempre repetida y reiterada de actitudes pasivas, de comentarios previsibles y previstos, olvidamos actividades como la conversación, la lectura o el pensar en nuestras cosas, y nos sumimos en un nirvana común de vaciedades.*

No es éste lugar para extenderme a una crítica seria de los distintos programas televisivos: no dispongo de espacio suficiente. Pero tampoco es necesario hacerlo con algo cuya monstruosidad es evidente; no hay por qué recalcar, por ejemplo, que "Hora 15" es un programa pensado para hacernos aborrecer la cultura —actividad presentada como algo sólo apto para idiotas—, o que las adaptaciones de novelas son capaces de hacernos odiar para siempre a los mejores autores de la literatura universal. Tampoco hay por qué hablar de esos telefilms importados que oscilan entre la estupidez y la violencia cuando no las reúnen a ambas. No; lo que interesa resaltar es la doble función que ejerce la programación de televisión, considerada de manera global. Por un lado, la programación de la realidad, que nos hace aceptar sin sorpresa los hechos más monstruosos y peregrinos, la muerte y la estupidez y cualquier consigna, ya sea política o publicitaria, que es lo mismo. Quien programa, nos programa a nosotros. Sólo pensamos en lo que ellos quieren, y además del modo que quieren; la capacidad hipnótica de la engañosa caja corta cualquier posibilidad de análisis crítico ante las imágenes que nos pasan por delante, y puede decirse que de ese modo se nos impone la visión de la realidad —siempre igual, e igual para los ocho millones de telespectadores— que se desee.

Por otra parte, está la creación de un conjunto vacío; como decía el otro —y ya es tópico—, el medio es su mensaje. En este caso, tal mensaje puede reducirse a una serie de impulsos eléctricos que configuran destellos brillantes, encadenados en imágenes de dudosa coherencia que nos muestran —si es que muestran algo— un mundo extraño; un cuento (malo) de ruido y furia, contado por un idiota a otros que lo son más todavía. Si nos ponemos apocalípticos, podemos decir que la televisión es un instrumento de muerte. No está comprobado que sea verdad eso de que produce cáncer, epilepsia y úlcera de duodeno, pero sí, desde luego, trae la muerte mental. Encadenados a la caja mentirosa contemplamos embobados los anuncios.

Nos mantenemos en calma, viviendo en el inmenso teleclub en el que se ha convertido el mundo. La vaciedad llega a tal punto que la televisión sirve en muchas ocasiones tan sólo para anunciarse a sí misma: repite la nada, el vacío. Su símbolo más perfecto son esas trillizas videlistas, iguales entre sí, cuyas vacuas sonrisas son reflejos perfectos entre sí. Cuidado con ellas: sus sonrisas son las muecas vacías de los esqueletos. ■

EDUARDO HARO IBARS.

todos los ángeles, contradictorio y a veces cruel— y todas sus películas, una por una, desde las primeras —"Esa pareja feliz", "¡Bienvenido, Mr. Marshall!"— hasta la última, "La escopeta nacional". Pero no separa ni por un momento —es rigurosamente imposible— el trabajo de su autor. Sin perder nunca esa agudeza de crítico que caracteriza su trabajo cotidiano en páginas de efímera prensa, Galán cuenta su cuento, un cuento moral, sin lugar a dudas: la historia de un hombre que lucha con una sociedad incoherente para imponer y mostrarnos sus propias incoherencias, sus propias contradicciones más íntimas; y a través de esta historia, vemos cómo éstas no son ni tan contradictorias ni tan íntimas, sino que responden paso a paso a la evolución de todo un país, de todo un sistema. El individuo se refleja en su ambiente, y viceversa. Y a través de esta interacción, que en principio parece meramente coyuntural, adivinamos la contradicción profunda de todos los hombres, de todos los sistemas.

Esta Carta abierta a Luis G. Berlanga es algo más que un libro de crítica o de mera información cinematográfica, aunque de las dos cosas tiene en abundancia: es también un libro-homenaje, hecho por un "fan" de Berlanga. Se le nota el entusiasmo; y esto no es malo, sino todo lo contrario: leyéndolo, apetece conocer a Berlanga, a su obra y al personaje. Y, también, a Diego Galán. ■

EDUARDO HARO IBARS.

## DISCOS

### La rumba y el masoquismo

¿Llegará el día en que los cantautores de este país se sacudan esa agobiante tristeza que empapa sus canciones? Aquí tenemos "Veus de lluna i celobert", cuarto álbum de Ramón Muntaner. Una obra respetable: se trata de una serie de textos de Joan Ollé, musicados por Muntaner, que ofrecen una visión entre tierna y airada de lo que fue crecer en los años

grises del franquismo. Ollé ya había manejado el tema en el ámbito teatral con aquel "No hablaré en clase", pero en este disco no se encuentra la carga satírica, la saludable potencia catártica de la obra montada por el grupo Dagoll-Dagom. Tal vez sea la excesiva frugalidad de los arreglos, tal vez el intimismo que los autores han querido dar al disco, pero "Veus de lluna i celobert" resulta más deprimente que indignante, más paralizador que motivador. Hay canciones hermosas y palabras certeras, pero finalmente todo parece otro revolcón en nuestra propia miseria. Y tal vez ya sea tiempo de sacudirnos muermos y viejos demonios.

Esto es algo que han entendido muy bien otros muchos músicos catalanes, que han reivindicado el poder orgiástico de la música, la energía liberadora de la fiesta colectiva. Entre los personajes más creativos de esta vanguardia lúdica está Xavier "Gato" Pérez. Que, entre otras cosas, formó un grupo llamado Secta Sónica, que abandonó el pasado año, después de sacar un sabroso LP titulado "Astroferia", que tal vez sea lo más "funky", lo más vacilón que ha salido del rollo layetano. Secta Sónica eran extrañamente fríos en sus actuaciones y "Gato" Pérez buscaba una comunicación más directa con el personal. Y ha reaparecido tocando esa música marginada que algunos llaman rumba catalana. Utilizando una banda compuesta por músicos de

"Gato" Pérez.

